

7-11
años

serie
El gallo pelón

colección
Caminos del SUR

Hugo Colmenares
Ilustrado por Néstor Melani

Los vestidos mágicos de Almendra Brillas





© HUGO COLMENARES

© 1.a EDICIÓN FUNDACIÓN EDITORIAL EL PERRO Y LA RANA, 2017 (DIGITAL)

CENTRO SIMÓN BOLÍVAR, TORRE NORTE, PISO 21, EL SILENCIO,

CARACAS - VENEZUELA, 1010.

TELÉFONOS: (0212) 768.8300 / 768.8399

CORREOS ELECTRÓNICOS: [ATENCIONALESCRITORFEPR@GMAIL.COM](mailto:atencionalescritorfepr@gmail.com)

COMUNICACIONESPERROYRANA@GMAIL.COM

PÁGINAS WEB: WWW.ELPERROYLARANA.GOB.VE

WWW.MINCULTURA.GOB.VE

REDES SOCIALES: FACEBOOK: EDITORIAL PERRO RANA

TWITTER: @PERROYRANALIBRO

DISEÑO DE LA COLECCIÓN: MÓNICA PISCITELLI

© ILUSTRACIONES: NÉSTOR MELANI

EDICIÓN AL CUIDADO DE: KATHERINE CASTRILLO

DIAGRAMACIÓN: MÓNICA PISCITELLI

RAYLÚ RANGEL

TRATAMIENTO Y MONTAJE DE LAS IMÁGENES DE NÉSTOR MELANI: RAYLÚ RANGEL

CORRECCIÓN: YESSICA LA CRUZ

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL DC2017001559

ISBN: 978-980-14-3284-5

Hugo Colmenares

Los vestidos mágicos de Almendra Brillas

Ilustrado por Néstor Melani

PRESENTACIÓN

HAY UN UNIVERSO MARAVILLOSO DONDE REINAN EL IMAGINARIO, LA LUZ, EL BRILLO DE LA SORPRESA Y LA SONRISA ESPLÉNDIDA. TODOS VENIMOS DE ESE TERRITORIO SIN LÍMITES.

EN ÉL LA LECHE ES UNA TINTA ENCANTADA QUE NOS PINTA BIGOTES COMO NUBES LÍQUIDAS; ALLÍ ESTUVIMOS SEGUROS DE QUE LA LUNA ES EL PLANETA DE LOS RATONES QUE JUEGAN A COMERSE MONTAÑAS, DESCUBRIMOS QUE UNA MANCHA EN EL MANTEL DE PRONTO SE CONVERTÍA EN CORCEL Y QUE ESCONDER LOS VEGETALES DE LAS COMIDAS RARAS DE MAMÁ, DETRÁS DE CUALQUIER ARMARIO, ERA LA BATALLA MÁS RIESGOSA Y LLENA DE PELIGROS.

ESTA COLECCIÓN MIRA EN LOS OJOS DEL NIÑO EL BRINCO DE LA PALABRA, ATRAPA LA IMAGEN DEL SUEÑO PARA HACER DE ELLA CARAMELOS, NOS INVITA A VIAJAR LIVIANOS DE CARGA EN BUSCA DE LOS CAMINOS QUE NO AVANZAN A LA REALIDAD, SINO QUE NOS ACERCAN A LÍNEAS MÁGICAS, AL SUR DE NUESTRO SER.

LA SERIE VERDE DETIENE EL BRILLO DE SUS TEXTOS EN LOS MÁS PEQUEÑOS, SE ENFOCA DE LLENO EN ESA ETAPA DE RECONOCIMIENTO, DONDE NACEN LAS IDEAS CON ESPONTÁNEA TERNURA, ESA EDAD QUE VA DESDE EL NACIMIENTO HASTA LOS 6 AÑOS.

LA SERIE AMARILLA REGALA SU INTENSIDAD A LOS QUE EMPIEZAN A CREARSE SUS PROPIAS EXPERIENCIAS, A LOS QUE PREGUNTAN Y DUDAN DE LAS RESPUESTAS, BRINDA EL CANTO DE LA PALABRA CREATIVA A ESE SALTO ENTRE LOS 7 Y 11 AÑOS.

Y LA SERIE NARANJA APUNTA A QUIENES SE ACERCAN AL UMBRAL DE SALIDA PARA DE UN MOMENTO A OTRO DECLARARSE GRANDES, A LOS JÓVENES DE 12 AÑOS EN ADELANTE QUE NAVEGAN EN MARES REVUELTOS Y QUE NECESITAN LA LITERATURA PARA SEGUIR VOLANDO.





Espejo infinito

Decía el escritor cubano Alejo Carpentier que lo maravilloso nace del encuentro de objetos “que para nada suelen encontrarse”, y sin embargo esto no basta, pues quienes carecen de imaginación pueden pasar de lo fantástico original a la simple imitación y repetición de fórmulas. Nos atrevemos a decir, pues, que ante nosotros tenemos lo maravilloso y fantástico a través de la historia de Almendra Brillas, maestra pintora, historia en la que no sólo confluye lo que no suele encontrarse, sino que esa reunión se vuelve sonrisa y pesar, angustia y tranquilidad, nervios y alegrías, es decir, un mundo completo en el que podemos sentirnos parte de la cotidianidad de la “maestra de los prodigios”.

Empecemos por la reunión de una maestra anciana, cuyos vestidos son capaces de trocar en realidades todo lo que es dibujado por ella sobre sus telas, con un burro llamado Mira Lejos y el gato Ciro. No es simple receta de “junterío” de gente, es la aproximación de tres personajes que saben cómo acompañarse, cuidarse y que tienen algo para contarnos. Luego, el encuentro en absoluto casual de estos tres con dos comunidades de lamentables adultos: Loma del Trigo y San Nicolás de la Lejanía. Lugares en los que la gente “grande” se





desvela y detiene sus oficios únicamente para idear planes que logren acertar en quitarle los vestidos a Almendra Brillas; mientras que los niños sólo son capaces de ver en el hecho de crear la posibilidad de lo fantástico, la celebración de la sorpresa.

Los prejuicios arrastrados durante años desde tierras distantes, mucho más remotas que la lejanía de San Nicolás, se ponen de manifiesto en un paisaje cercano, el de América, con sus tucanes, guacamayas, azulejos mañaneros y montañas, y será Almendra Brillas quien se arme de un espíritu amable y de acciones generosas frente a los celos y señalamientos de quienes tildan de brujería y malignidad sus milagros, para demostrar lo que decía Martí: “A conflictos propios, soluciones propias”. Nada de repetir una historia de confrontación fatigada, pues en cada territorio que va pisando la maestra queda la prueba de que nada se logra a la perfección con engaños, artimañas y malas intenciones.

Pero el principal encuentro, el que nos convoca con el ánimo agitado, es el de Almendra Brillas consigo misma. Al leer sobre sus experiencias es fácil perderse en la posibilidad de una historia sin fin, porque esta maga pintora nos aparecerá como niña, muchacha y señora, en una vida muy larga y



secreta de la que casi nadie sabe nada, como si se tratara de un ser antiguo que regresara una y otra vez: “Al amanecer la maestra era una joven campesina que arreaba ovejas. En otro momento, ella se mostraba como una dama de la Edad Media. Algunas tardes y con la semblanza de una niña, iba en un carruaje a llevar flores a la ciudad”.

Almendra Brillas es un espejo que se repite infinitamente, que se encuentra a sí misma en sus sueños mientras pinta los nuestros. No tiene un solo rostro, así que bien pudiera ser alguno de nosotros o nosotros tener el rostro de ella, en un juego fantástico y sin tiempo en el que damos vueltas topándonos repetidamente con historias distintas y de nunca acabar.

Acá está lo real maravilloso, encontrarnos con lo que no solemos hacerlo: la historia de una maestra que se vuelve personaje mitológico, en medio de un paisaje necesariamente cercano, llevando rostros indios y mestizos y dándonos esa sensación de constante revelación.

Katherine Castrillo





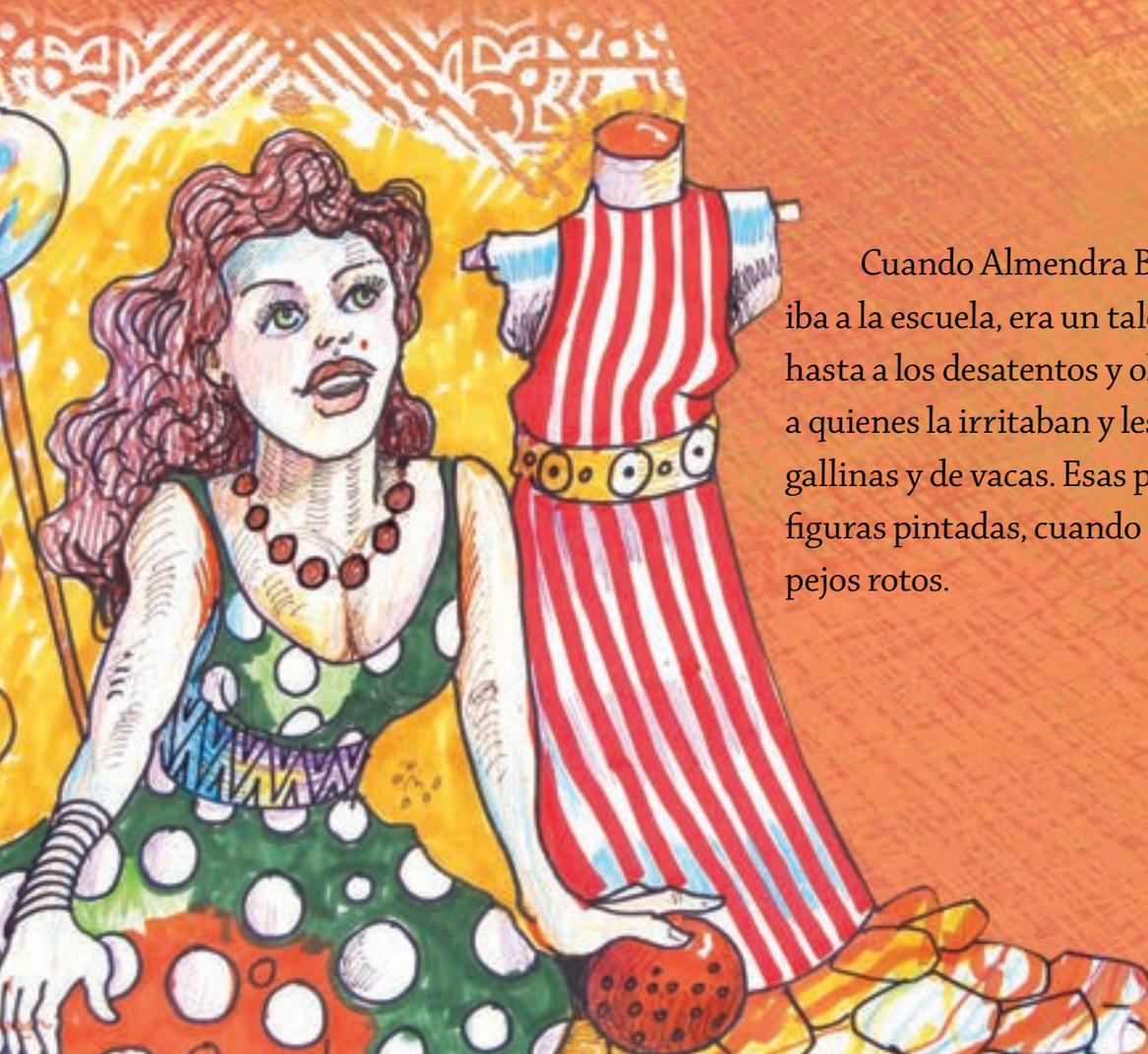
NMO.:



Relampagueaba todas las noches en la misteriosa casona de la maestra Almendra Brillas, de quien decían en Loma del Trigo, que sólo la visitaban en la hora de las tempestades, los ángeles del mal. “¿A qué venían esos espíritus malignos?”, se preguntaban algunos vecinos y otros respondían: “Vienen para perder las horas cuando la señora lee libros de hechizos y maleficios...”

Al paso de los años ya nadie se acuerda de ella, sólo un viejo de memorias que la ha encontrado de nuevo en algunas páginas de libros. La historia de la maestra es sencilla, mágica y de olvidos, para que la envidia se vaya para siempre del lado de esos vestidos encantados en un pueblo de valles y montañas, conocido como Loma del Trigo.





Cuando Almendra Brillas era una niña e iba a la escuela, era un talento que asombraba hasta a los desatentos y olvidadizos. Dibujaba a quienes la irritaban y les ponía cabeza de gallinas y de vacas. Esas personas asumían las figuras pintadas, cuando se miraban en los espejos rotos.

Al amanecer la maestra era una joven campesina que arreaba ovejas. En otro momento, ella se mostraba como una dama de la Edad Media. Algunas tardes y con la semblanza de una niña, iba en un carruaje a llevar flores a la ciudad. De acuerdo con los dibujos en sus vestidos perdidos, ella asumía muchas maneras de ser. Y de pronto, la veíamos sobre los árboles llevando semillas secas a los pájaros y guacamayas.

—Es la dama encantada de las mil figuras –decía la abuela Inés.



NMO:



NMD:.



Almendra Brillas era la admiración y la envidia en Loma del Trigo, el pueblo más hermoso de la cordillera andina. Allí la neblina, las ovejas del tío Quintín, las chimeneas y vacadas eran paisajes del ensueño y canto de los serafines.

En verdad, se inventaban historias falsas. La anciana maestra sólo tejía vestidos con hilos de colores, daba de comer a gallos plumas verdes y jugaba con gatos jorobados. Se cree que era la dueña de los caballos que por las noches y al trote, dejaban huellas de fuego en los caminos. Otros dicen, pero no aseguran, que Almendra Brillas era esa lechuza de lentes como la abuela Purificación, que tocaba violín en el campanario de la Iglesia de los Ángeles. Eso último es de poco creer. Y esa mujer era la que ordenaba los hilos de colores, para que el artista Tobías tejiera las cobijas más hermosas que se hayan realizado en telar alguno del mundo. Era ella quien diseñaba los trajes de los Reyes Magos, los vestidos alucinantes de las quinceañeras y los sombreros que los abuelos llevaban al paseo por los campos del maíz tierno y las moras endulzadas. Y se dijo que los trajes malabaristas y poetas, en el mercado de los juguetes, eran diseñados por ella.





Digamos únicamente la purísima verdad, pues esa señora nunca ilustraba la ciencia, la piedad, ni buenos hábitos en escuelas. Acostumbraba leer enciclopedias de tradiciones antiguas y secretos de brujería. “Es una destornillada que, con su mirada de hechicera, nos hacía ver falsas visiones”, decían los vecinos que se juntaban para murmurar en la barbería de Olinto Montilva frente a la Plaza Bolívar, quien tijeras y navaja en mano, sugería que las murmuraciones se llevaran a otra parte y aprendieran a respetar a la dama de los jardines y acuarelas en sus vestimentas.



Almendra Brillas viajaba en la madrugada montada a caballo. No le tenía miedo a las tormentas. Los perros, búhos, gatos y libélulas la cuidaban. Iba a comprar cuadernos, libros y telas para pintar. Mientras ella iba de viaje, al mismo tiempo, la veían en la huerta entre el cilantro. En ese instante traía los huevos de las gallinas y se convertía en guacamaya bullera en los naranjales. Estaba en todo lugar y por eso se creía que ella tenía unos poderes de la magia de los fenicios o quién sabe qué secretos, difíciles de poder explicar.







—Debe tener pactos maléficos con demonios, pues no envejece. No prueba agua, ni sal. Prepara exquisitos panes y el horno no tiene leña. Duerme como si levitara sobre el fuego y cuchillos afilados –comentaba el don apariencias de Eugenio Espinas, experto fabricante de naves espaciales en miniatura y agregaba—. Han visto a la maestra con trajes grises largos por la vía del tren, que levanta el vuelo como murciélago y se pierde en la lejanía, en la noche, y es posible que duerma en esos árboles cenizos, de hojas grandes que parecen sombreros de brujas.

Todos los días en el mercado, de puerta en puerta y a escondidas a manera de secretos, se hablaba mal de la catedrática Almendra Brillas. Por lo contrario, ella muy radiante salía de los salones con libros, pájaros, niños y niñas felices. Extendía mapas, hacía traducciones de poetas griegos y romanos que vivieron hace más de cincuenta y nueve mil años de historia. Ella se esmeraba para que las aves, los gatos y los perros tuvieran la mejor comida. Y pasaba la hora conociendo la vida asombrosa de los grandes pintores de la historia.

Hasta los ancianos opinaban en admiración por ella. Y por lo contrario, los envidiosos se volteaban para no verla pasar. El vestido de ella tenía flores, lunas, manatíes, peces, tortugas, libros y carruajes. En esas vecindades había quienes, tras soñar, relataban imágenes de la noche en sus sábanas a la maestra Almendra Brillas, y ella hacía realidad esas figuras al pintarlas en sus camisones y vestidos. Pero también es cierto que algunas personas manifestaban mentiras, pues decían historias que nunca habían soñado con sus almohadas, por lo tanto, la magia no se manifestaba en esas telas de la señora de las enciclopedias y los óleos de colores.





¿Qué maravillas o influencias conservaba en secreto la maestra Almendra Brillas? ¿Eran sus ojos negros y hermosos? ¿Su larga cabellera canosa y con brillo de luceros? ¿Eran sus vestidos los que permitían alcanzar un encanto sobrenatural? ¿Por qué ella escribía poesía en las puertas de las casas y se iba convertida en mariposa? ¿Por qué los perros asomados en las ventanas se mostraban alegres, como si esas pompas de jabón tuvieran el olor de albóndigas? ¿A dónde se escapaba ella, cuando al doblar la esquina, los que la seguían la perdían de vista? ¿Por qué los pinceles y lápices de colores en manos de otras personas, no daban la sensación de lo maravilloso? ¿Era una mujer con corazón de niña poeta? ¿Qué le dijo ella a María Alejandra, que regresó a la casa con una cámara fotográfica para ver las imágenes prodigiosas del paisaje sobre los tejados? ¿Por qué los búhos la seguían con una lámpara y le alumbraban el camino?



Una tarde de nublados, que parecen de luto porque van como tristes al funeral de un espantapájaros, se acercó un mendigo a Almendra Brillas. Del vestido de ella con dibujos de pan, cebollas y apios, brotaban riquezas. Un cesto prodigioso y lleno apareció en manos del peregrino. El hombre bajó la mirada, oró y extendió sus manos. Del sombrero del mendigo salían estrellas, caballitos de mar y piedras verdes, amarillas y azules que brillaban con intensidad. Aparecieron más menesterosos y para todos alcanzó el pan y los manteles azules y blancos. Las nubes dejaron caer la lluvia y a la media hora, en la plaza, estaban todos aquellos seres contando historias, dibujaban en cuadernos nuevos y alguna de esas mujeres dibujaba el rostro de un niño, la mirada de un ángel, el semblante de un ser que ha buscado durante años y que no se encuentra entre sus lágrimas ni en el espejo donde el gato Ciro reconoce a todos los habitantes de la fantasía.







—Esas vestimentas de la hechicera tienen poderes increíbles, y lo cierto es que esa falsa maestra no tiene cara de tener los mejores saberes —declaraban, desde puertas entreabiertas, unos vecinos a otros y agregaban:

—Debemos robarle un vestuario con engaño o a la fuerza.

Prudente Hilachas dijo que esa abuela come cerdos, arroja humo por las orejas y por detrás. Bosteza para no rezar. La hechicera debe ser llevada a la hoguera, para verla morir, según la voluntad de ese caballero. Al tiempo se pudo saber que él no era de tantos odios, que más bien veía con admiración a la pintora y, quizás, hasta con cierta envidia o interés por conocer los prodigios que ella podía realizar.



Simón de las Velas aseguraba que él sería el mejor detective para averiguar la vida entre las sombras de la maestra Almendra Brillas, quien se alimentaba sólo con piedras de los volcanes, sangre de murciélagos, cilantro con sardina y saliva de vaca asustada. Ese señor no tenía talento para hacer averiguaciones serias.

—Es una diabla en calzones remendados y nos da miedo mirarla directo a sus ojos —dicen dos vecinas que van y vienen por la plaza.

—La señora Brillas se baña con sangre de perros callejeros. —así dicen.

—Esa dama será la primera lechuza camino al infierno —repite más allá.

En algunas casas llegaron a instalar muchos espejos, porque se creía que la señora Almendra Brillas tenía el poder de vivir dentro de ellos, como siempre lo hace el gato Ciro. Y al estar en un espejo, desde algún rincón de esas salas, la iban a ver cómo pintaba sus blusas y camisones.





NMD.:



El día que Almendra Brillas sobresalía con un vestido en la escuela, con dibujos de alfombras mágicas, la gente de Loma del Trigo viajaba a los lugares de la fantasía y todos se manifestaban muy felices. Dibujaba piñatas, máscaras, trajes de gala para asistir a las fiestas de los libros, caballos con alas y sapos que podían llevarnos a Venus.

¿Cuál era el misterio o el secreto de la maestra pintora? Todo se explicó en Lomas del Trigo cuando la vimos, tejiendo con hilos de colores, y luego dibujaba con tiza y tierra roja traída de las playas del río Torbes. Las señales secretas de esa costurera y dibujante sólo las sabía ella y el siete vidas del gato Ciro.

—Mañana voy a traer vestidos con tortugas y nos vamos de viaje a la Mitad del Mundo. Mi blusa tendrá frutas, quesos y panes. Un cielo verde y lagartijas –prometió la maestra.





En muchas casas de la vecindad en Loma del Trigo, quienes murmuraban e inventaban malas historias contra la señora de los pinceles, trabajaban durante noches largas para hacer vestidos, dibujar monedas de alto valor y objetos lujosos. Pero esos ropajes no daban resultados milagrosos.

Lunes por la mañana. Los ladrones y pandillas robaron la casa de Almendra Brillas. Se llevaron el vestido más hermoso, el que tenía estampados tucanes, que ya en la noche se convirtieron en alacranes picando a los ladrones y haciéndolos gritar tan fuerte que la policía pudo saber dónde se escondían esos manos largas.

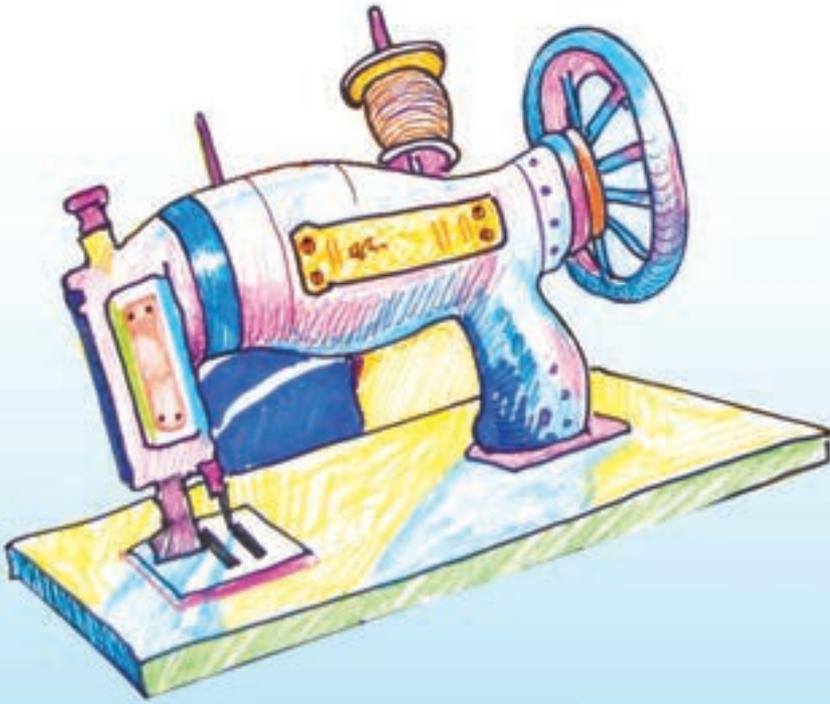
—Vamos a conocer libros nuevos, fantasías, viajes de los sabios al otro lado de soles y lunas. Conocer voces de los árboles y revelamos encantos –dijo Almendra Brillas en el salón de matemáticas y contabilidad.

El bullicio en la escuela era intenso, como si fuera el día más grande de la luz solar. La maestra de los vestidos mágicos andaba con dibujos de caballos y estrellas.

La maestra de acuerdo a sus telas, colores y dibujos, un día era una niña indígena. Al momento se podía mostrar como anciana de una época pasada, jardinera, astronauta y hasta una admirada amazonas. Si el vestido tenía la figura de duraznos, todos eran nuestros sobre la mesa.

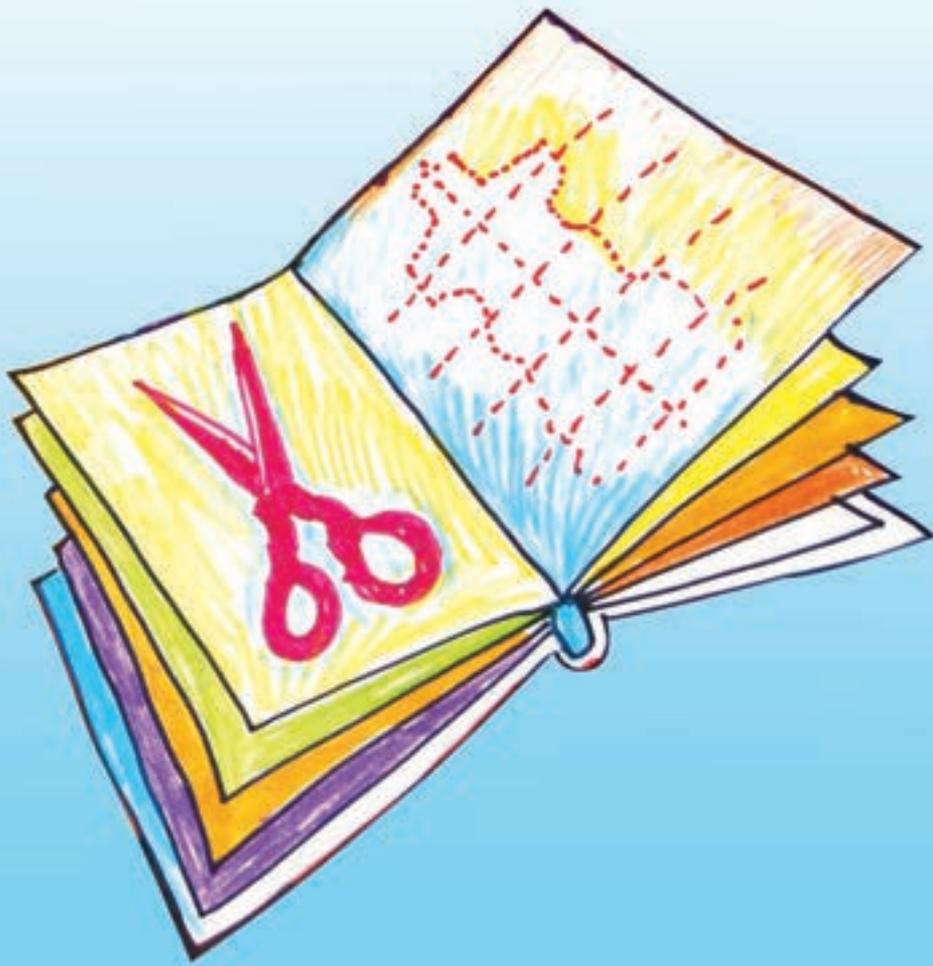
Decíamos nuestro sueño a la maestra en clase. Al sol siguiente, ella misma exhibía novelescas historias trazadas en largos y anchos trajes. Almendra Brillas revivía los sueños.





La soberana de los dibujos milagrosos pintó vacas gigantes que daban la mejor leche en la pintoresca vecindad de Loma del Trigo. Un pan de maíz que se salía rebo-
sante de la gran mesa y manzanas para mil hambrientos. En sus representaciones
estaban las golosinas, libros, elefantes, monedas de chocolates y bicicletas para ir a los
campos.

—Vamos a darle un susto a la egoísta maestra Almendra Brillas, quien no dice jamás cuál es el hechizo para que los vestidos de ella todo lo conviertan en realidad –decían sus propios familiares, que ante su cara la adulaban y le decían palabras complacientes.





Algunos vecinos se organizaron y se fueron emotivos a la plaza Giraluna y justo a la medianoche, cuando los gallos afinaban gargantas, la pandilla de los envidiosos obligaron a Almendra Brillas a irse sola y montada en un burro, por el primer camino que encontrara y no regresara más nunca a ese paisaje de jardines, huertas y helechos.



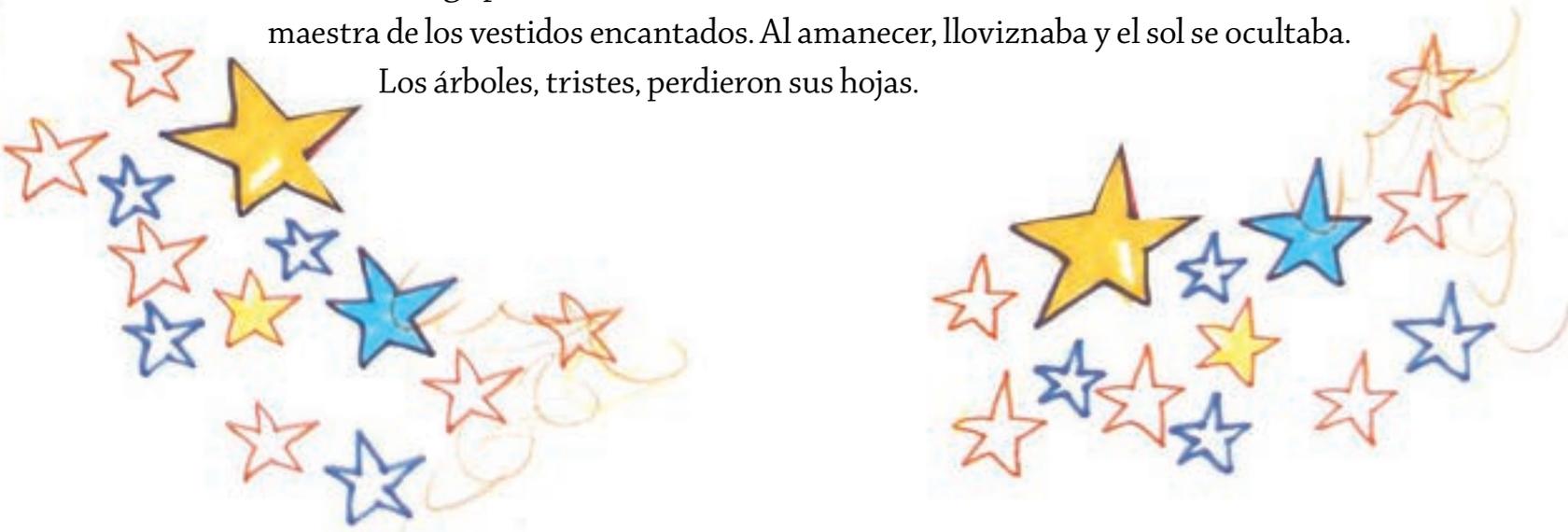
A la dama de la magia la sacaron a empujones, burlas y con tan sólo su oscuro pijama, que tenía entre sus fantasías aves de la noche que cuidaban sus sueños. Almendra Brillas estaba triste y asustada. Un grupo de ancianos se acercó a darle protección y fueron apartados.

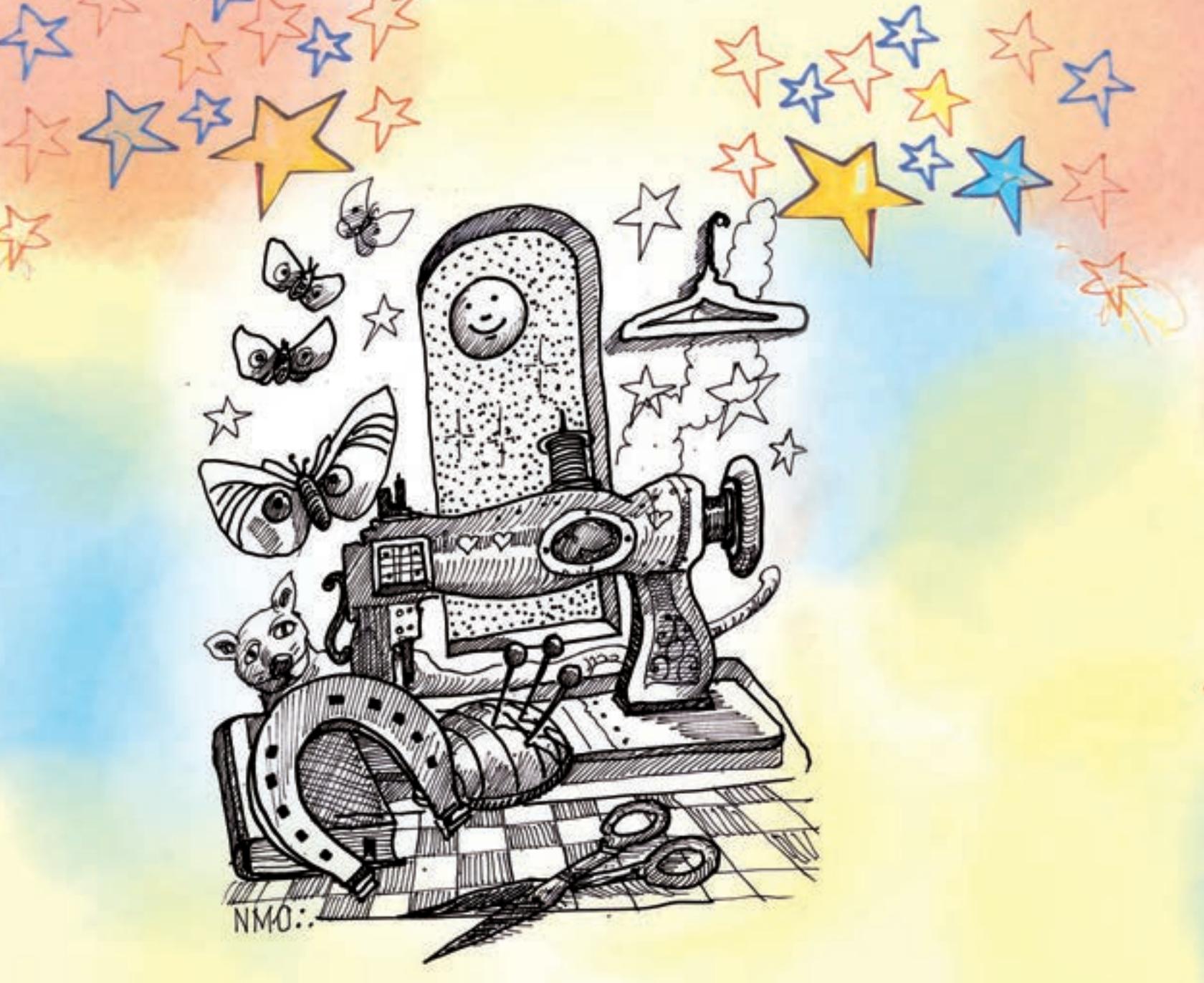
—Loma del Trigo no quiere tener hechiceras, que se la pasan toda la noche con el fogón prendido, dando de comer a los diablos de aguas podridas –dijo con rabia un aguafiestas.

Con banderas vinieron quienes buscaban con amor a la maestra de los vestidos mágicos. Con antorchas y palos desfilaban los que sufrían de dentera a rabiarse por las maravillas de doña Almendra Brillas.

Loma del Trigo perdió atractivos en esas alturas andinas, con el destierro de la maestra de los vestidos encantados. Al amanecer, lloviznaba y el sol se ocultaba.

Los árboles, tristes, perdieron sus hojas.





NMO.:

El burro Mira Lejos llevó a Almendra Brillas a San Nicolás de la Lejanía. Un pueblo de mares, donde los caballos regalan sus cacas, convertidas en diamantes. Mira Lejos al llegar al puerto se convirtió en un elegante y sabio maestro de las matemáticas, la retórica y el teatro en las escuelas. En hombros de la maestra dormía el mago gato Ciro.

San Nicolás de la Lejanía veía multiplicar envidias y peleas, para descubrir cada quien cómo los dibujos o pinturas en tejidos para vestir se convertían en realidad. De esta manera, la maestra Almendra Brillas y el galán de los caminos largos, el mismo burro Mira Lejos, debieron vivir momentos difíciles por la dentera de los que siempre se quieren ganar la suerte con sólo bostezar.

—Qué gente tan llena de zánganos en las orejas –dijo Almendra Brillas cuando iban más allá de las colinas de Simusica, donde el viento hace que las hojas tengan sonidos muy encantadores.



—Las buenas noticias se las callan, las esconden cuando les llegan tesoros, y cuando quieren más son capaces de empañar el día —respondió el buen amigo Mira Lejos.

El camino de lado y lado sólo ofrecía fragancias, árboles grandes y en la distancia casas de campo con el humo de chimeneas.

Las intrigas quedaron atrás. Adelante va un sol de mañanas.



—Tiene dos caras la maestra Almendra Brillas: una de hambre y otra de distraída —decían en la calle de las codicias.

—Es el gato ojos amarillos, que posee poderes —explican.

—El burro Mira Lejos es un calzón de mago muerto —creían.

—Ese es el gato Ciro, que le robó la magia poética a Valeria y no sabe qué hacer —comentan.

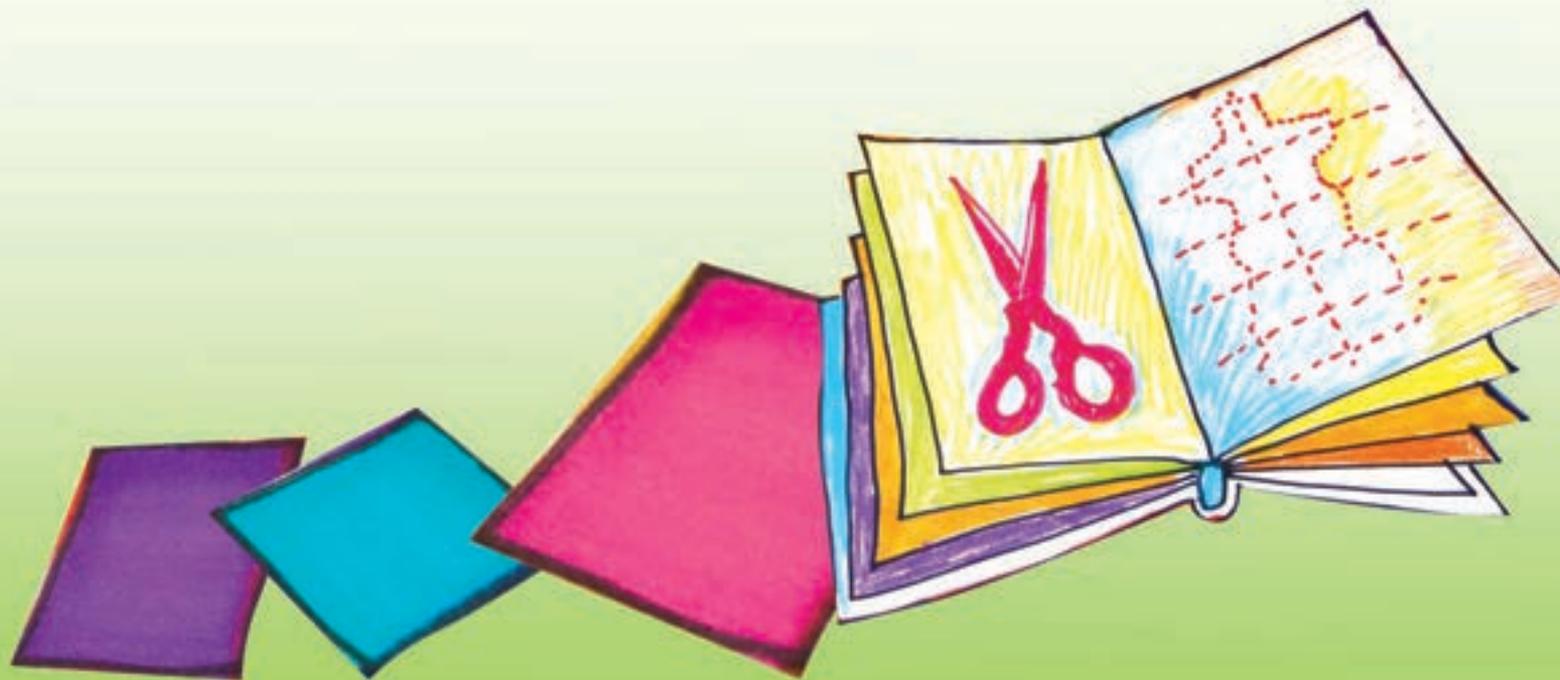


Mucha gente apuntaba comentarios sin saber a quién molestaban y ofendían, porque lo que se buscaba era un lápiz, un cuaderno y los trazos con los que la maestra Almendra Brillas realizaba sus mágicos vestuarios.

En esa semana llegó el Circo Hermanos Calabaza y comenzaron a aparecer vacas con vestidos largos, como si fueran novias cerca de la plaza. Era un espectáculo para reír. Los ratones pasaban de la venta de galletas a la sastrería, con sus calzones rotos. Las aves llevaban alguna prenda ajustada a sus formas y todo era magia de la señora Brillas.



Desde que llegó el gato Ciro, el ilustre Mira Lejos y la maestra Almendra Brillas a San Nicolás de la Lejanía, nadie trabajaba. Planeaban robar los secretos de los vestidos y desde las ventanas, tejados, copas de los árboles y puertas entreabiertas, les seguían los pasos para ver qué decían, cómo dibujaba con encanto la señora de los libros.



En el mercado todos querían agasajar con amistad, apios, carne de gallina, hortalizas y quesadillas a Almendra Brillas, quien se confundía ante tanta generosidad. Mira Lejos y Ciro siempre a la sombra, con sus llamativos sombreros, porque casi no se dejaban ver la mirada y eso intrigaba más a los sedientos de riquezas.

El gato Ciro dejaba escapar unos gases de chorizos podridos y ratones muertos, para ahuyentar a las damas que venían a enamorarlo con palabras bonitas. Él no se confiaba y ni siquiera por su octava vida iba a revelar la magia de la maestra, que ya planeaba irse a vivir a una aldea, como Catalina de los Vientos.



El egoísta Prudente Hilachas llegó a San Nicolás de la Lejanía, disfrazado de hábil arquitecto de pirámides, con la idea de tener amistad con la maestra de los prodigios. Pese a su malgastado disfraz, su propia mirada ponía en evidencia sus malos sentimientos. Él sólo preguntaba por la historia y poderes de la señora de los pinceles, tanto así que mucha gente en el pueblo pensó que ese señor sí iba a encontrar los secretos y que todos ellos se quedarían como las piedras: limpios, ignorantes y con la mirada al cielo.

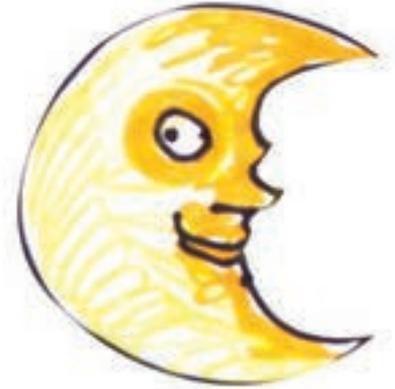
El borrico Mira Lejos, por latidos del corazón, descubrió la mala intención del impostor Prudente Hilachas, a quien llevó sobre su lomo a las ruinas, donde los murciélagos sólo van de paseo, con la falsa promesa de conducirlo al escondite de Almendra Brillas. Allá lo dejó a su cuenta y riesgo, para que no encontrara nunca el camino cierto del regreso a San Nicolás de la Lejanía, donde ya era suficiente con tantas malicias.



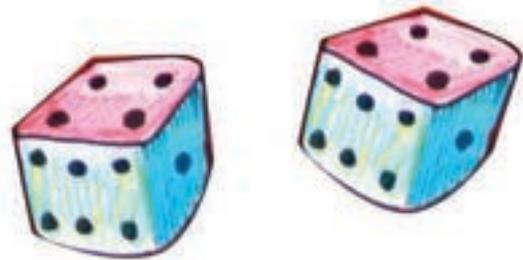
Esta noche los gatos de San Nicolás de la Lejanía celebran el Día de los Chorizos,
y los tejados quedan solos.

—Es hora de aprisionar a la maestra –dicen los malandrines.

Ciro y Mira Lejos soñaban prodigios, como nunca antes.



Almendra Brillas no sospechaba que el mal estaba detrás de sus orejas. Ella se reunía en secreto en las escuelas para enseñar pinceladas y colores, donde aparecían panes, quesos, hortalizas, jirafas y acordeones... Las niñas regresaban a sus casas emocionadas. Los niños elevaban cometas y tenían todos los juguetes, luego de leer la historia de la señora Almendra.





—Aprendo a dibujar globos de papel para volar y luego viajo en mis sueños, cuando salgo de las clases de la maestra de los dibujos y acuarelas –decía Lina Sombrillas.

—Diseño barcos para ir a conocer los siete mares y aseguro que si pinto en los pañuelos flores, de pronto aparecen en la mesa del comedor y la sala donde el abuelo coloca el periódico –revelaba Marta a Iván.

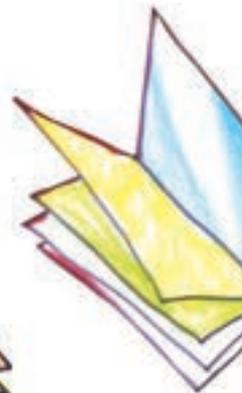
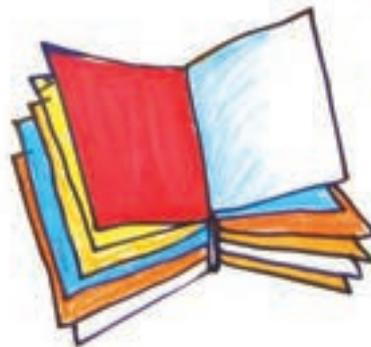
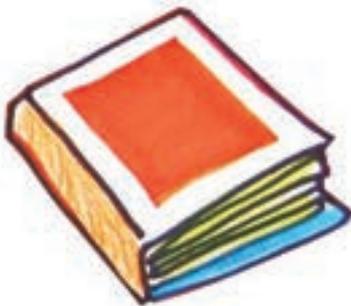
—Deseo un pastel de fresa en mi fiesta de cumpleaños, un reloj y unas ovejas que me acompañen cuando esté de regreso de la escuela a mi casa –pedía en voz baja Lira y volvía a dibujar con carboncillos.

Vinieron los malhechores a llevarse a la fuerza a la maga pintora en vestidos. Ella tenía figuras de buitres, por si acaso el mal sentimiento se le acercaba. Es por eso que a esos bandidos, comecarroña en las montañas, siempre les iba mal. Si a ella la vieron que iba al vuelo con manzanas, palomas, guacamayas y azulejos mañaneros, es porque regresaban de las orillas del río Caricuena, donde el arco iris se reúne por las tardes a conversar con los magos de los siete colores. Más allá del valle se corrió la voz de unos ladrones, que andaban perdidos y no podían salir de los laberintos de la oscuridad.

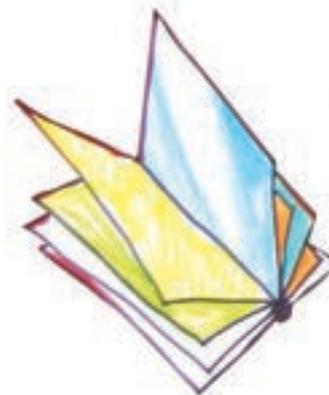
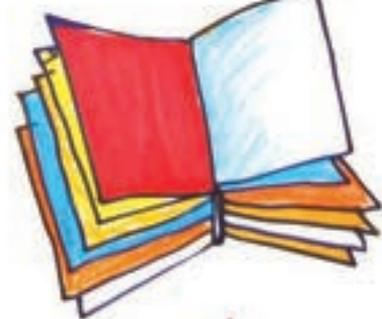


Pasaron muchos años y en Loma del Trigo, como en San Nicolás de la Lejanía, aún muchas abuelas y señores que van a la Plaza Candelaria, se hacen incontables preguntas sobre la vida de Almendra Brillas.

La maestra artista, ¿vive en alguna escuela con ventanas grandes, tres patios? ¿Pertenece su historia a una edad antigua? ¿En qué libros está la historia increíble de Almendra Brillas? ¿Es sólo un cuento y nada más? ¿Es verdad que la abuela vecina conoce la verdadera historia y guarda los secretos en un libro que esconde debajo de la almohada? ¿Es verdad que quien abra el libro secreto se convierte en gato de una sola vida?



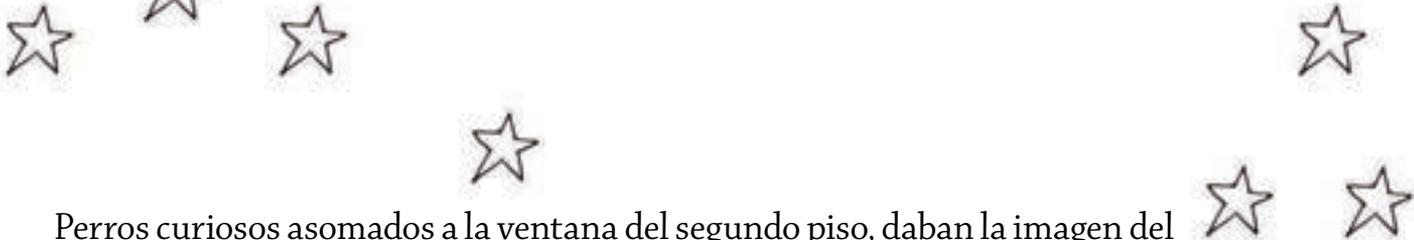
En esas fechas ella dibujó manchas de tigres, rayas de cebras, plumajes de cotorras. A los elefantes distraídos no les prestó pinceles. Ella vive en la casa del gato Ciro, dentro de un espejo. En una casa de zaguán largo que lleva a un jardín, donde las golondrinas pasan la noche y siguen en noviembre, por las rutas del sur, huyendo de las nubes heladas.



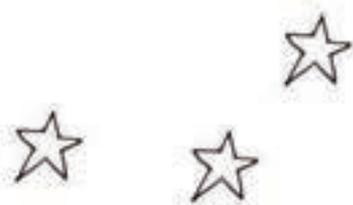
Dejamos atrás los siglos y a la encantadora maestra Almendra Brillas, quien aún dibuja encantamientos y saberes en sus vestidos mágicos. Ella cambió de nombre, tal de rostro, de esa manera mágica de vivir y de seguro vive en alguna aldea, al otro lado de las montañas de los laureles. De tarde la han visto en las figuras que deja la neblina y va apoyada de un bastón. Dicen que la escuchan en una memoriosa escuela que tiene helechos, campanas y un espejo azul, donde los ángeles vienen a traer el rocío de la esperanza. La maestra de los vestidos mágicos, por cierto, conocía los secretos del

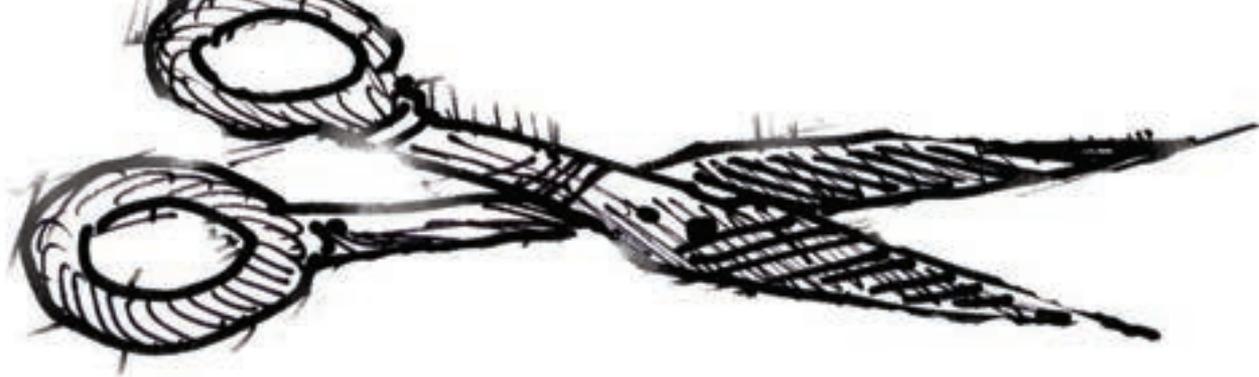
gato Ciro que tiene su refugio en el espejo que está a la entrada de la casona, donde ella se sentaba a pintar con acuarelas.



A collection of simple line-art stars scattered across the top and right sides of the page, serving as a decorative border.

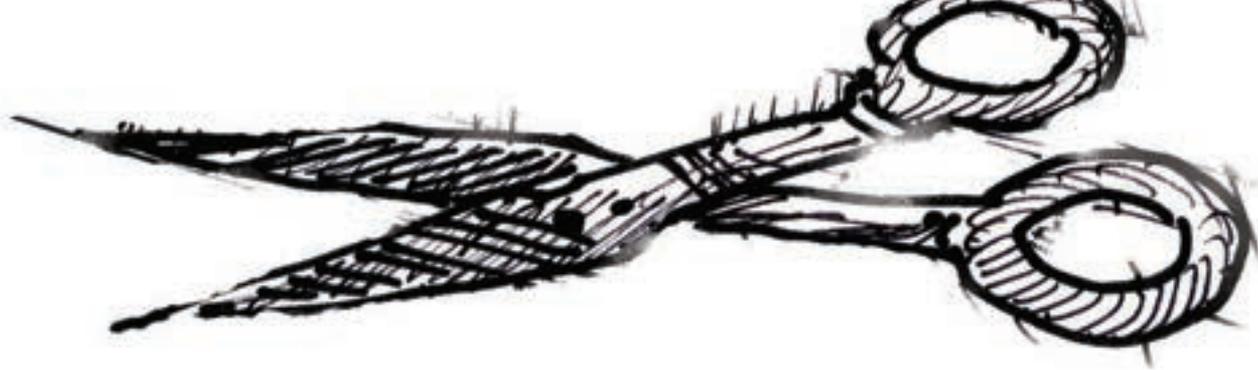
Perros curiosos asomados a la ventana del segundo piso, daban la imagen del recuerdo. Almendra Brillas esperaba la medianoche para salir de su casa, Ella iba a buscar el amanecer camino de la montaña, porque al otro lado de Pradera de los Manantiales, está la aldea de las huertas, gallineros y casas pintadas en azul. Allí debía vivir para siempre, donde nadie más viniera a adularla por sus poderes mágicos, ni tampoco le salieran comentarios de malas sombras, por la envidia. Los perros la siguieron. Una hora más tarde, San Nicolás de la Lejanía quedó a oscuras y se vio que una bola de fuego, como el Cometa Halley, cruzaba el cielo de este a oeste y dejaba una estela brillante, de colores que se convertían en lluvia de luceros. Atrás iba la maestra, sus animales y las aves del paraíso. Iba esa noche al cielo y en el caserío Pradera de los Manantiales, cortaron todas las flores, para ofrendar a la maestra de los vestidos embrujados.

A collection of simple line-art stars scattered across the bottom right corner of the page, serving as a decorative border.



Solitaria y en aparente abandono quedó para siempre aquella sencilla casa de la maestra Almendra Brillas. Por respeto a su memoria se acordó que nadie podía ir a esa habitación, cocina y sala de estudio de ella, donde sólo quedaron libros, acuarelas, un violín, tijeras, lápices de colores y recortes de tela. Aunque siempre hay intrusos, que no digamos son curiosos. Esas personas violaron el pacto y entraron a la casona en Loma del Trigo y descubrieron que el fuego entre piedras aún estaba vivo en medio de cuatro cuchillos afilados con los que ella sacaba punta a los lápices. Los cuchillos estaban con sus puntas hacia arriba en las esquinas del fogón. Ellos dijeron que entonces sí era cierto, que la dama dormía sobre el fuego, que era una bruja que nunca llegará a morir, hasta que venga a buscar sal en una noche de tempestades. De pronto, la casa quedó a oscuras y los fantasmas sacaron por sus camisas, a quienes vinieron a molestar.





Todas las noches de neblina y viento frío detrás de las puertas y enredaderas en el tejado, aparecía un anciano con un libro en la mano izquierda y en la derecha una vela encendida, quien se detenía frente a la solitaria casa de la maestra Almendra Brillas. Parece que él oraba. Allí permanecía largo rato, hasta que salían los gatos y emprendían la caminata. ¿Quién era ese hombre de barba blanca larga y sombrero azul marino? ¿Qué pacto tenía con los gatos y por qué seguían hacia el camino que lleva al campo? Dicen que fue un amor perdido de la pintora. Otros creen que era un hermano a quien dejó de ver desde niño y cuando él regresó, sólo estaba el recuerdo de la señora Brillas. Todas las noches de neblina una niña se asoma desde el zaguán y ve cuando el abuelo fabricante de juguetes de madera, va al río a buscar agua para preparar el desayuno. Los gatos luego duermen y el abuelo lee esos libros que dejó la centenaria maestra.



Tiempo después, quemaron la casa y los libros porque se decía que eran conocimientos malditos de antiguas edades del mal. A los ocho días del fallecimiento de doña Almendra Brillas, comenzó la destrucción de todos sus bienes. Algunos familiares y sin mirar ni una hoja, llevaron a la candela fotografías, recortes de prensa donde estaba la historia de pintores, los viajes espaciales, conocimientos de medicina y la vida de personalidades ilustres del mundo. Aún se decía que la señora nunca llegó a enseñar la ortografía, la historia universal y que sus ideas, esa locura, eran el producto de la hechicería y la maldad. La casa se perdió con el paso del ventarrón que se llevó el polvo y la terminó de tumbar el vendaval que se llevó hasta la memoria de la pintora. Quienes odiaban a la maestra andaban felices, celebraban y no pronunciaban su nombre, para que su memoria fuera una piedra de olvido en el fondo de las aguas marinas.



Despertó al amanecer entre las piedras y el viento, como a las siete semanas. La vieron pasar hacia la casa de los magos olvidados. Llevaba en su mano el sombrero con nido de pájaros y unos cuadernos. La casa de los magos olvidados es porque allí no vivía ni un alma, no estaba un jardinero y las flores más hermosas brotaban desde adentro por las ventanas. Almendra Brillas en su espíritu iba a pintar un ángulo de ese lugar. Aunque para ella lo más importante en su existencia era su casa, las voces de su gente y los afectos en las escuelas donde ella trabajaba. La pintora iba por ese camino, la seguían unas vacas y unos pájaros. Allá debe estar y quiere sentirse sola, porque se le olvidó escribir unas cartas de amor. No la ven regresar casi a la noche, porque aún mucha gente la quiere ver de olvidos, para robarle las claves secretas, con las que convierte en realidad los sueños pintados en sus largos vestidos. Ella aún sueña y dibuja la magia de creer en los sueños. La fui a buscar y no estaba. Volveré, volveré.







Otras historias no contadas
de Almendra Brillas



Lanzó a la mar una botella tapada con un corcho. Allí no iba una sortija, una piedra de la playa con ojos de pez asustado. No se colocó un mensaje, para que en cualquier agua marina de las lejanías se pudiera leer un saludo o un santo y seña, para que alguien respondiera por correo a esas palabras. Almendra Brillas sintió que la vida se le iba en esas tardes y en la botella colocó un vestido que tenía gaviotas pintadas, pequeñas embarcaciones, luceros y soles de la mañana. Se cree que iba un diminuto libro, de unas cincuenta y nueve páginas, numeradas con su puño y letra. En ese libro estaban las claves secretas de la artista. Las niñas de la escuela vinieron a ver ese mar y colocaron pétalos de rosas blancas, porque la maestra aún tiene voz en los salones que servían de taller de costura y trazo de los pinceles. ¿Es cierto que la maestra lanzó una botella a la mar? Sí, eso es muy cierto y que cuando aparecen los delfines juegan y se la llevan mar adentro.



Pájaro gris de rayas blancas y negras, puntos amarillos en sus alas. Jugaba de un lado y otro del tejado, la huerta y el tanque llenos de agua. Ese pájaro traía semillas y las colocaba en la boca del espantapájaros. Almendras Brillas lo pintó muchas veces en camisas blancas y soplabla para que volara. El pájaro no se quiere ir, no le tiene miedo a los gatos y de noche no duerme, parece que mirara a esos luceros que están en el agua, entre las matas y los espejos. El pájaro gris desapareció y luego lo vieron disecado en la mesa de noche, donde la maestra escribía sus cartas que nunca llevó al correo. El pájaro volvió a la huerta y canta, busca quién sabe qué entre la tierra húmeda. El canto maravilla y es el mismo que está dibujado en la pared.

—¿Qué hace ese pájaro sobre la almohada? —preguntó Juana Duque.

—Es el canto de las horas —se escuchó decir en la habitación.

Al llegar la noche los luceros se metían en el agua del tanque.



Cinco mujeres vestidas de blanco iban por la huerta. Miraban a todas partes, como si buscaran a un espíritu o ellas esperasen una sorpresa. Las seguí con la mirada, detrás de los árboles, las piedras y entre las sombras. Ellas iban de las manos, en círculo. Caminaban despacio. Desperté y era el mismo rostro de Almendra Brillas quien regresó y se ha convertido en flor de calas blancas y quiere reconocer el paisaje terrenal, que en un tiempo le perteneció a las huellas de sus pies. Las mujeres siguen hacia el jardín, por donde se llega al río. Sus trajes largos de novias no podrían ser dibujados, porque son de relieves, de escarchas y al tocar una de sus partes, se escuchan sonidos dulces del arpa, de flautas y del viento. Las mujeres entraron al río y se convirtieron en espuma y se han ido de viaje, a la magia de los sueños. Luego se convertirán en sal, en canto de olas.



Al salir aquellas mujeres con vestidos largos negros, que llevaban esas telas hasta las rodillas, fue cuando la lluvia dejó lagunas a lo largo del camino. Ellas venían desde lo más profundo del sueño de Almendra Brillas. La maestra concluyó el último dibujo y pintura en una tela que serviría de mantel al pan de la familia más humilde en San Nicolás de la Lejanía. La voz y los pasos de la maestra no se volverían a sentir por esas calles, esas aulas. Las mujeres vestidas de negro, no iban tristes. Parece que en medio de ese círculo de las damas estaba de manera invisible, en sentimiento, un ser superior de la pintora. Esa noche todas las mujeres del pueblo no durmieron, porque estaban asomadas en las ventanas, puertas, en la plaza, en el puerto. Sabían que en la noche, cuando los luceros se hubiesen apagado, sería porque la maestra de los vestidos mágicos pasaría por última vez junto al gato Ciro. Camino a la magia de los sueños.



Cuando la madrugada era de un cielo abierto con estrellas, los caballos iban al paso, como si ellos también estuvieran de contemplación, de poesía, de oraciones, de alegrías ante tanta belleza en el paisaje. Algunas veces y si no era mucho el apuro, la maestra Almendra Brillas tomaba apuntes con sus lápices en cuadernos, sobre esas vistas que luego llevaba a las telas. Sin sospechar en un santiamén la tierra se estremecía, los caballos asustados y el cielo a oscuras, sacaba la luz de luna al otro lado de la montaña. Como si los dinosaurios aparecieran de debajo de las piedras. La tempestad comenzaba a arreciar, y la lluvia con el viento parece que querían arrancar árboles y casas. Era el paso por el Páramo La Negra, donde están esas vasijas de barro que dejaron los indígenas de Guaraque, que venían a estas orillas. Al paso de las horas, ya se llegaba a Loma del Trigo y la maestra iba directo a la tienda donde vendían cuadernos.



Pintó sobre piedras a la orilla del río y ella cantaba, las niñas dibujaban con trozos de carbón en hojas grandes y luego hacían barcos que soltaban aguas abajo. Como ellas soñaban hicieron una embarcación más grande y se fueron de viaje. Ella ya no vi-

vía en Loma del Trigo, ni en San Nicolás de la Lejanía, sólo en esos libros que por las tardes se leen en la escuela. Las niñas dibujaban sobre telas blancas y los niños construían ciudades con barro y juguetes. Almendra Brillas que dormía sobre el fuego de la cocina ahora vive en las aguas del río, donde la transparencia de sus sueños, los poemas de su vida, tienen música y sólo es escuchada por quienes saben soñar con los dibujos y colores. En esos días el trigo crecía por todas partes, las huertas amanecían cubiertas del rocío de la montaña y el amor de la maestra renacía en cada canción que se escuchaba en la escuela.

Almendra Brillas se escribe con letras de oro, que guardo en libros.



Se quedó dormida y veíamos sus sueños como en una película que se proyectaba en una tela blanca, detrás de su cuerpo. Algunas señoras dicen que estaba muerta. Algunos vecinos vinieron a cantar y esas guitarras eran de fiesta. No había tristeza alguna. En sus manos había unas flores y un pan, por eso los pájaros se acercaban para llevarse las migas. Almendra Brillas dormía y cuando ya vinieron a llevarla para sembrarla en un jardín, todo el mundo se quedó en silencio y como si una voz, una orden, una oración pidiera que soltáramos las palomas al aire, los aplausos celebraban el último adiós. La maestra se quedó dormida y esa noche el cielo no tenía lunas, ni luceros. Sólo unos gatos tristes que maullaban en el tejado.



EDICIÓN DIGITAL
JUNIO 2017
CARACAS - VENEZUELA



Los vestidos mágicos de Almendra Brillas

Esta señora es muchas señoras, un espejo infinito que se repite como en sueños, y que viene a sacar de sus vestidos frutas, tortas, encantamientos y animales grandes y pequeños para quienes la quieren, y dibuja cabezas de vacas y gallinas sobre el cuello de los que la molestan. Almendra Brillas, compañera del gato Ciro y del burro Mira Lejos, es una hechicera de vestidos-lienzos si se quiere o solo una maestra que descubrió -nadie sabe cómo- el secreto para hacer felices a las buenas gentes.

Hugo Colmenares (Táchira, 1952)

Periodista, poeta y escritor. Egresado de la Escuela de Comunicación Social, Universidad Central de Venezuela, UCV. Periodista durante más de veinte años en el diario *El Nacional*, donde mereció el Premio Enrique Otero Vizcarrondo. Su novela breve *Los miedos de tía Altagracia* recibió el premio Bienal de Literatura Infantil y Juvenil de COFAE, Contraloría General de la República.

Néstor Melani (Táchira, 1954)

Escultor, ilustrador, pintor, retratista y vitralista. Ha participado en más de cien exposiciones colectivas e individuales. Realizó estudios en la Escola D' Arts i Oficis Llotja, Barcelona-España. Importantes instituciones culturales y galerías de América y Europa, resguardan sus telas al óleo. En 2012 se le confiere el doctorado Honoris Causa de la Universidad Nacional Experimental de las Artes, UNEARTE, por su trayectoria como artista plástico.